

José Ignacio Pérez de Juan

X-1998

Nació en Madrid en 1947.

Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos, especializado en Obras Hidráulicas. Por su profesión ha tenido que vivir en diferentes puntos de España, hasta que hace unos quince años llegó a Pamplona, donde su familia, que hasta entonces le había acompañado en todos sus traslados, decidió establecerse definitivamente.

«El Txapeldun» es el primer relato que presenta a un concurso. Sin saber por qué, decidió enviarlo al *Pedro de Atarrabia*. Probablemente porque coincidió con una época en la que disponía de más tiempo libre y el cuento le pareció apropiado por la localización de sus sucesos. Además, mantiene ciertas connotaciones afectivas con amigos navarros ya desaparecidos.

Nunca ha tenido otra finalidad que divertirse mientras escribe, ni siquiera que le lean –reconoce que es mejor ingeniero que escritor y que le falta talento para las letras– así que de los cuentos y poemas que ha escrito sólo saben los cajones de su mesa.

EL TXAPELDUN

1. El desafío



El montoncito de palillos iba aumentando lentamente, con la regularidad que solo puede proporcionar la rutina de aquellas cosas que se hacen inconscientemente. Cierto es que apenas se podían distinguir en el rincón del mostrador donde Patxi una vez rigurosamente masticados, los apilaba con cuidado, con mimo impensable en la aridez de unos dedos que el contacto del cristal de las frascas de vino y los vasos no había conseguido suavizar y en los que el detergente diluido –cualquier día te dará un disgusto esa botella de plástico y alguien acabará en el hospital con el estómago abrasado– producía el curioso efecto de crear asperezas, rasponazos y fisuras, como si pretendiera con ello demostrar que su trabajo era del mismo calibre que el de los viejos caseros que a la vuelta de la siega de la alfalfa o de la recolección del heno, ahora ya sin abarcas, algunos incluso con zapatillas deportivas cuya contemplación no dejaba de repugnarle –de buena gana prohibiría la entrada en el bar con ellas– pedían, sin necesidad de palabras, solo con un gesto cuyo código era inaprehensible para cualquier otro y que misteriosamente Patxi interpretaba sin esfuerzo alguno si significaba tinto, clarete o blanco, un vaso, cuya ingestión era como el encendido de arranque de una máquina que permitiera a sus cerebros salir de su ensimismamiento y volver a comentar que nadie como Retegui, como las piernas o la rabia o la sabiduría de Retegui; ni siquiera su tío, ni Gallastegui por elegan-

te que fuera, y que si se hubiera permitido el atxiqui, se habría acabado la emoción porque entonces no es que Retegui fuera invariablemente favorito –y esta opinión a pesar de que todos estaban de acuerdo con ella daba lugar a conversaciones insospechadamente largas, en las que aún manteniendo la misma convicción de fondo eran capaces de descubrir matices que las prolongaban a cuatro o cinco chiquitos– sino que hubiera sido invencible.

Era sábado, a esa hora fugitiva y ambigua de la tarde, en la que las partidas de mus languidecían y aún no empezaba la retransmisión del partido de liga; cuando algún parroquiano le exigía que encendiera las luces, con lo que únicamente se conseguía cambiar el carácter de la penumbra y era igual que pusiera bombillas con más watios como le sugería el secretario del ayuntamiento, o que cambiara el color de la pintura de las paredes como decía su nieta, pues parecía que el ambiente estaba poseído por una corporeidad propia, como un aura del humo de cientos de farias o de miles de conversaciones que se hubiera integrado en una opacidad que absorbía la luminosidad matando su brillantez y reduciendo los colores a gamas ocres y apagadas.

No era normal que a esa hora, –en la que solo los leales de siempre poblaban el bar, cuando ya no había familias tomando el café ni todavía grupos de jóvenes haciendo tiempo y probando los primeros alcoholes de la noche, a la espera del coche del amigo que les llevara a la promesa renacida cada fin de semana del paraíso artificial de la capital– se presentaran Martín y Fulgencio; uno, –Martín– con las mejillas siempre bermejas, como si de un modo constante las avivara el frío viento del valle, y otro –Fulgencio– haciendo hueco en una comisura de la boca a un cigarrillo invisible con media sonrisa torcida, que para él era como el estandarte de su listeza y pillería mil veces demostrada no ya con sus paisanos sino en lejanas y cosmopolitas ciudades pobladas de gente quizá inteligente, pero cándida.

Habían apurado ya un par de quintos, y apenas podían disimular una creciente zozobra que no les permitía mantenerse quietos delante del desgastado mostrador tras el que Patxi se preguntaba la razón de esta extemporánea visita, sin demasiada curiosi-

dad, eso sí, porque sabía perfectamente que antes o después se iba a enterar, que rara vez los parroquianos a poco que el ambiente les acompañara, es decir, que estuviera el bar tranquilo, se resistían a confesar o al menos dar alguna pista inequívoca de la razón de su espera, y que a él le bastaban un par de comentarios aparentemente vulgares para comprender no solo con quién se habían citado o a quién esperaban sino qué asunto querían tratar. Había aprendido a escoger entre la hojarasca de frases de todo tipo, aquella, normalmente expresada con indiferencia, que encerraba la clave de las intenciones del cliente.

Por eso le sorprendió enormemente que apenas Juan Ignacio había cruzado la puerta y antes incluso de haber terminado el restregón de manos que acompañaba siempre a su primera mirada por el interior de la taberna, Fulgencio se dirigiera a él directamente –que lo hubiera hecho Martín, así sin ningún disimulo, obviando unas ceremonias de acercamiento progresivo tan instaladas en sus genes como los comportamientos preamorosos de ciertas aves, ya le hubiera parecido a Patxi absolutamente imposible; sería como renegar de quien sabe cuantas generaciones de caseros baztaneses–.

–Buenas tardes –dijo Fulgencio, mientras estrechaba vigorosamente la mano del recién entrado, con un gesto en el que él creía concentrado el no va más de la mundanidad y que procuraba repetir con quien podía. El apretón de manos, mantenía, es la muestra más clara de la educación y de la cultura de una persona. En el pueblo ya se habían habituado a esa costumbre suya de dar la mano a todo el mundo, incluso aunque a veces –cuando preguntaba la hora, cuando entraba en la farmacia o en el banco o cuando salía de misa– resultara chocante no solo la pertinencia del ademán sino el entusiasmo con que lo ejecutaba. –Ya nos han dicho en la gasolinera que hoy librabas. Mejor, así podremos tomarnos unos chiquitos mientras charlamos.

–¿Qué queríais pues?

–Verás –continuó Fulgencio sin ningún recato, tratando de forma evidente de que todos los presentes lo oyeran–. Hace unos meses compramos en Francia un carnero, un buen carnero, y lo

estamos entrenando allí arriba. Queríamos apostar contra vuestro txapeldun.

–No sé –dudó Juan Ignacio– Ya sabes que al txapeldun casi no queríamos volverle a pelear; además esto lo tiene que decidir Jacinto.

–Ya me figuro, pero con tu hermano es difícil dar, siempre está fuera.

–Cada vez tiene más negocios –habló por primera vez Martín–. Me han dicho que además de las gasolineras ahora anda con restaurantes.

–Sí, se le ha metido entre ceja y ceja que si las pizzas y las hamburguesas tienen éxito, mucho más lo han de tener el jamón, el queso y la chistorra.

–Igual es buena idea –terció Patxi.

–No sé, no sé, yo creo que cada cosa hay que comerla en su sitio, y las pizzas están bien en casa para los chavales, pero el jamón y la chistorra son para el bar, con el clarete.

–Pues ya sabes. A nosotros nos parece que con los carneros la gente del pueblo disfrutaría. Hay que hacer algo por mantener las tradiciones.

–Bastante te importan a ti –sentenció Patxi.

–Habíamos pensado –Fulgencio ignoró a Patxi– que en carnavales, ahora que tu pueblo los celebra tanto, sería un buen momento. El dinero para la apuesta lo decidiremos con Jacinto, así que como supongo que al txapeldun lo entrenarás tú, cuanto antes le pidas permiso a tu hermano para empezar, mejor.

Juan Ignacio se mosqueó un poco por lo de pedir permiso; por oírlo allí, en la taberna que se había ido llenando de gente ahora muy atenta a su charla y que al irse los de Liaze le palmearían el hombro y le empezarían a confesar su fe en el campeón y a asegurar que sus apuestas irían por él, y hasta a aconsejarle si la mejor modalidad era la de embestidas sin límite o a veinte o a cuarenta topetazos.

–Ya veremos –contestó– descubriendo que le apetecía muchísimo volver a sacar diariamente el carnero al campo y golpearle la testuz con la palma de la mano y darle él y sólo él la comida y observar despacio, a diario, el estado de sus pezuñas; pero molesto consigo mismo por su incapacidad para aceptar el desafío o negarse a él antes de que la noticia, ya imparable, recorriera el pueblo adquiriendo rango de certeza ineludible, provocando una expectación que en poco tiempo convertiría su indecisión en una aceptación de la que ellos –su hermano y él y toda su familia– ya no podrían volverse atrás.

2. La preparación

Hacía tiempo que Juan Ignacio no se sentía tan bien como esa mañana. En realidad había empezado a disfrutar el domingo a mediodía, cuando habló con Jacinto y leyó en el tenue destello de sus ojos que aceptaría el desafío, aunque empezara poniendo pegas y encontrando inconvenientes que apoyaba con razonamientos tan débiles que era como si estuviese pidiendo que se los rebatieran, como si solicitase a Juan Ignacio que se mostrara entusiasta y optimista y que a sus comentarios sobre la edad del carnero le respondiera que seguía estando en buena forma, que incluso le vendría bien, que necesitaba el entrenamiento y la pelea para salir de cierta hurañez que se exteriorizaba en la indiferencia de sus ojos y en lo lacio de sus lanas.

El domingo por la mañana, aunque le tocaba descansar, se había presentado en la gasolinera con el pretexto de que tenía que repasar las operaciones del contable, pero con el propósito de encontrarse con su hermano. Sabía que invariablemente cuando volvía de algún viaje paraba en el surtidor para charlar con el empleado y fumarse con él un cigarro, y quería ser el primero que le contara como se había producido el reto, de manera que se anticipara a explicaciones ajenas que influyesen en la opinión que se formara Jacinto sobre su actitud en la taberna, evitando así que le desautorizase en público con una primera respuesta negativa que, él le conocía bien, no rectificaría ya nunca.

En medio del hayedo, contempló al carnero. Cuando al amanecer se dirigía a la cuadra había temido que el animal no recordara, que se hubiera diluido su memoria de luchador en el pienso ganado sin esfuerzo, en la escasez de espacio del aprisco cerrado y en la inactividad de jubilado, y que hubiera de llevarle atado a correr al monte, de modo que se perdieran unos primeros y preciosos días para que recuperara no la forma física sino la costumbre o la voluntad de ejercitarse; pero apenas abrió la puerta notó como la última oscuridad de la noche, cuando la negritud es vacilante, conformaba sus siluetas inequívocamente y les hacía reconocerse por primera vez en muchos meses, de modo que ninguno de los dos tuvo duda alguna de cual iba a ser su próxima relación y también por primera vez en muchos meses, el hombre pudo acercarse al animal sin sombra de precaución y el animal perdió la hosquedad y el recelo y aceptó sus dedos entre las lanas sorprendentemente fortalecidas.

Antes de empezar el entrenamiento miró despacio en derredor haciendo partícipe a los árboles de su plenitud, sintiéndose seguro entre las hayas verticales, de hojas todavía un punto pálidas, que se movían aún sin viento, siguiendo quizá el compás del canto de unos pájaros hace tiempo huidos que él no recordaba haber visto u oído nunca aparte de algún cuclillo en otoño, y que únicamente existían en la imaginación de quienes novelaban sobre el bosque. La misma característica que a otros angustiaba, la pérdida del horizonte, la ausencia de referencia que pusiera cota final a la infinita sucesión de hayas, al laberinto interminable que confundía los cuatro puntos cardinales y que hacía temblar al buscador ocasional y dominguero de setas temiendo un extravío eterno en la mezquita cordobesa vegetal, a él le infundía confianza, y en lugar de desamparado se sentía protegido, seguro de que un helecho en un declive o un hojaldre de lajas margosas grises y descompuestas en un corte térreo y húmedo le serviría de señal para la vuelta a casa más exacta y fiable que las metálicas y coloreadas de la autopista.

Únicamente sentía no estar en forma, no ser capaz ya de acompañar corriendo al carnero, porque el secreto de la prepara-

ción para la pelea era fortalecer las patas y los pulmones; el motor –decía Juan Ignacio– que permitía al animal soportar las embestidas. La solidez de la cuerna y del cuello o la violencia del topetazo eran propias de la naturaleza del carnero, y en todo caso no eran enseñables, pero la forma física sí, y al décimo choque ya no había instinto que valiera, ya lo primordial era que llegara oxígeno a la sangre o que las pezuñas no se rasgaran y los tendones y músculos de las patas permanecieran firmes. Por ahí se doblegaba la voluntad del bicho y por ahí se colaba en él la derrota; porque el ganador del combate no era tanto el que se imponía con su potencia sino el que no se dejaba vencer, el que más aguantaba. Ahora había sustituido sus piernas por una moto de montaña, con la que podía incluso seguir con más exactitud el plan de entrenamiento, medir con más justeza los kilómetros que tenía que recorrer cada día, pero con la que ya no era posible compartir el cansancio, entender por qué esa mañana el txapeldun parecía más fresco o más agotado y acomodar el esfuerzo a unas sensaciones que acababan siendo comunes. Con la moto, además, era más difícil adivinar la dureza del suelo, variando la ruta en busca de un terreno más muelle, menos dañino para las pezuñas y que antes que con los pies se descubría con la vista, con el matiz del reflejo que el sendero ofrecía a las aún horizontales rayas del sol –era fundamental entrenar al alba– que se quebraban infatigablemente en un bellísimo e infantil juego de escondite y desdoblamiento de luces entre el astro y las pupilas.

A media mañana, antes de marchar al surtidor, tras apuntar cuidadosamente en un cuaderno escolar los detalles del entrenamiento recién terminado y preparar el del día siguiente, en presencia del carnero inmóvil, convertido en estatua cada día más sólida, ligeramente inclinado hacia adelante, en una postura comparable a la muestra de un lebrel que fuera no a levantar una pieza sino a embestirla, Juan Ignacio retiraba los restos del pesebre del animal y los sustituía por nueva comida, en una tarea que no permitía que nadie hiciera por él; sólo él podía alimentarle porque a lo mejor en los últimos y decisivos momentos del combate, una mirada furtiva del luchador tropezaba con su voz de ánimo y el reconocimiento de obediencia a quien le mantenía se unía a su

instinto más arcaico para arreciar el poder de las embestidas finales.

El hombre no le quitaba ojo mientras el carnero con parsimonia bovina iba deglutiendo la hierba hasta que una vez saciado, con una mansedumbre que parecía imposible que cohabitara en el mismo cuerpo con la furia que le transformaría en un ariete lanudo y destructor, se acercaba a la piedra plana sobre la que estaba sentado Juan Ignacio y con el aire desvalido de *Agnus Dei* de las estampas ingenuas que en nuestra niñez se repartían en los oficios de Semana Santa se pegaba a él, a la espera de que, descansando ambos la mirada en el prado confortable y el hayedo cómplice, los dedos del hombre surcaran las olas blancas de espuma seca, rizada y áspera de su lomo hasta llegar a la testuz y allí percutieran una misteriosa melodía, inteligible sólo en los momentos en que hombres y animales se abandonan reintegrándose a la célula común y primigenia de las especies vivas.

Repiqueteaba sobre la cabeza ahora dócil, de manera monocorde, hipnotizadora, con dedos que nunca habían sido más dedos que ahora, ni más conscientes de compendiar en ellos todo el tacto posible de su naturaleza humana, excepto, quizá cuando se cerraban sobre el astil de las hachas frías e inmisericordes a las que en su juventud entendían mejor que a las mejillas de las muchachas, pero que al igual que éstas, no le habían sido amigas y no le habían perdonado –como las muchachas no le habían perdonado su incapacidad para superar su propia acritud, una condición agreste que se acrecentaba en su presencia en contra de su voluntad– su único punto débil como aizkolari: las muñecas que parecía se habían colado de rondón en su anatomía, como herencia de alguna doncella antepasada que ahora resurgía traicioneramente. Porque de nada le habían servido sus hombros poderosos, sus riñones incansables, sus brazos como pistones, o sus manos nudosas como hechas del mismo material que la herramienta agresora o el tronco víctima, pero de una especie casi fósil nacida en eras más primitivas, anteriores incluso a la aparición del hombre. Ni de nada le había servido su entusiasmo, porque la vibración inmediata al choque del filo de acero con la fibra endurecida del roble, le

descoyuntaba los huesecillos del carpio produciéndole un dolor insoportable y lo que era peor, interrumpiendo la transmisión mutua entre el brazo y la mano que se descoordinaban, como soldados enloquecidos que de pronto pierden el paso y tropiezan entre sí destrozando cualquier armonía necesaria para la eficacia de una acción.

Este repiqueteo producía sobre el carnero el mismo efecto que un masaje sobre el atleta, pero además de despojar a sus músculos de las toxinas perturbadoras y sustituirlas por el oxígeno vivificante que adormece dulcemente al nervio, disponiéndole así a ahorrar todo consumo de energía para el resto del día de forma que pudiera derrocharse de manera explosiva en el momento oportuno, ahuyentaba de él temporalmente todo vestigio de ferocidad y bravura. Juan Ignacio estaba convencido que este tratamiento era más eficaz que cualquier otro; y aunque viendo una película de fútbol americano en la televisión, había cavilado sobre la adaptación de unos artilugios que son embestidos por los jugadores y que parecían muy ad hoc para las lides de carneros, no se había atrevido a probarlos, no fuera a ser que el animal se acostumbrara a la resistencia más muelle y pasiva del cuero relleno, y luego rehuyera la mayor violencia del testarazo del oponente en el combate real.

Jacinto se acercaba dos o tres veces por semana al final del entrenamiento y mirando de soslayo al txapeldun, ofrecía un cigarrillo a su hermano y le hablaba del tiempo o de Mindeguía o de cambiar un aparato de super por uno de sin plomo, pero sin mencionar nunca la razón de su visita; lo cual no era necesario porque ambos sabían y Juan Ignacio aceptaba que fuera así, que en realidad Jacinto sólo quería observar al viejo luchador y comprobar si iba recuperando el lustre de los días gloriosos.

Al fin, una mañana le dijo a Juan Ignacio que ya había cerrado el trato con los mozos de Liaze; que se apostaban un millón de pesetas con un límite de cincuenta topetazos, y que ya había visto al rival del txapeldun, un carnero comprado en Francia, elegante y de más peso, –igual le sacaba diez kilos– pero que le habían dicho que era novato y así debía ser porque no tenía ninguna señal de pelea.

–Además me parece por lo que he visto, que en esto del entrenamiento están un poco verdes o son un poco vagos, porque apenas le dan unos trotes alrededor de la borda y le están alimentando ya con grano. O mucho me equivoco, o éste va a seguir siendo el txapeldun.

Juan Ignacio aspiró el humo con evidente satisfacción. Las palabras de su hermano encerraban una felicitación, casi la mayor que era capaz de expresar, aparte de la contenida en el modo de ofrecer la petaca o apretar los labios al mirar al macho. Cuando se fuera, su caricia diaria al carnero, estaría hoy impregnada de una complicidad especialmente agradecida.

3. La pelea

La mañana del combate –domingo de carnaval– apareció fría, clara y ventosa. Juan Ignacio, incapaz de soportar esa noche su habitación de chico viejo, el olor opresivo de la soledad de su piso nuevo de chico viejo irredento, había visto borrarse el último lucero cerca del caserío medio abandonado en cuya cuadra, como un viejo rey en el exilio mucho más triste de su propia ciudad abandonada, vivía el txapeldun en la víspera quizá de una nueva proclamación, de una nueva investidura, con toda seguridad la última y por ello la más gloriosa.

No había podido dormir por el deseo impaciente de ver esa mañana al carnero, pues sabía que su actitud le revelaría claramente sus posibilidades de victoria. De momento lo que había vislumbrado le hacia sentirse optimista, porque desde hace unos días, justamente cuando le empezó a añadir maíz a la dieta –nunca debe dársele grano antes del séptimo día anterior a la pelea, era otra de las máximas de su sistema– el animal había empezado a perder su mansedumbre, y fuera de la carrera o de la alimentación, comenzaba a alumbrar una agresividad que había obligado a suspender los compadreos vespertinos.

Mientras merodeaba tras la primera fila de hayas sin atreverse a traspasarla no fuera a olisquear el bicho su presencia y alterarse

todavía más, en un colofón precipitado a una noche en la que habría compartido la inquietud de su cuidador, vigilando cada crujido de la madera de la cuadra, los chasquidos con que la paja respondía al gradual cambio de la temperatura, el vuelo conchabado de los insectos nocturnos, o el siempre precipitado deambular de los ratones, Juan Ignacio sintió como nacía en él un desaliento envejecedor que entendió en seguida que se debía a la llegada del final de la fase más preciosa, la que acumula más esperanzas sobre el resultado, cuya resolución a medida que se aproxima va apareciendo más incierta e incluso más baladí, como el jugador de lotería que apenas compra el décimo lo guarda en el bolsillo de la camisa convencido de que inexcusablemente va a ser premiado, pero en el que días después, cinco minutos antes del sorteo, pierde la fe invadido por la certeza de la dificultad que se aparece insalvable de que sea ese el número escogido por el bombo y traslada esa fe al del próximo sorteo aún no adquirido. Comprendió que fuera cual fuera el resultado del desafío se iba a generar en él una infelicidad, harto más cruel porque sabía a que achacarla y que no iba a poder abstraerse de ella.

En cuanto, cuando tras levantar la tranca y empujar el portón, le vio encampanado como al toro que ha sido lanceado con la divisa, con un embravecimiento que se auguraba en la postura de su testuz, la firmeza de sus pezuñas y lo avieso de su actitud, comprendió que estaba preparado, que no había olvidado el arcano mandato de la agresividad que le hacía intuir lo que iba a suceder esa misma mañana.

Le colocó con dificultad los arneses de castigo, los únicos que le permitirían arrastrarle hasta la furgoneta que les iba a trasladar al centro del pueblo, adecuada también para resistir sus forcejeos y evitar embestidas que prematuramente le pudieran dañar. Quizá, pensó, debería haber pedido ayuda. No recordaba ya la fuerza del macho y durante un momento temió que no podría dominarle, que le iba a enfurecer tanto que sería él el embestido.

Sudoroso, acomodado ya en el único asiento de la parte delantera del vehículo, –había retirado el otro para poder transportar al carnero de vuelta del combate, quizá tullido o quizá derrotado,

pero con toda seguridad vuelto a la condición de animal doméstico; cuando alcanzaba un grado mayor de humanidad que se reflejaba en la curiosidad entrañable con que observaría por el cristal delantero el devenir de los paisajes con expresión de quien está recibiendo una recompensa por un trabajo cumplido– encendió, aún temblando mitad por el esfuerzo pasado, mitad por la emoción futura, el primer y último cigarrillo de la mañana, miró al reloj otra vez y arrancó hacia la plaza del pueblo.

La fiesta era hermosa a esa hora. A la salida de misa, la peregrinación de disfraces hacia la plaza –la mayor parte de ellos recién estrenados y por tanto aún dueños de una brillantez que esa misma tarde iba a empezar a ajarse, descubriendo el falso lustre de los trapos rescatados del arcón o la liviandad de los papeles de colorines, a esas horas ya deslavazados y desgarrados, que pretendían imitar guardarropías vacuas y de triste destino– llenaban de admiración los ojos de los verdaderos protagonistas, los niños, que, lo mismo que los disfraces, todavía no estaban ajados por el cansancio o el hambre y esperaban de la mano de sus abuelos las emociones de una pelea que soñaban cruel y sobre todo real.

La pizarra de la absolutamente repleta taberna de Patxi indicaba una ventaja en las apuestas de dos a uno para el carnero local. Jacinto y Fulgencio habían introducido en dos sobres blancos e idénticos un talón de un millón de pesetas que Jose Mari Gorostiza, depositario y juez único e inapelable escogido por los contendientes, examinó concienzudamente. Tras guardárselos en el bolsillo interior de la chaqueta de pana hizo estrecharse las manos a los rivales, apuró el vermut y salió del local encabezando la procesión de parroquianos cerrada por Patxi que ni siquiera miró la desolación de las mesas llenas de vasos sucios, botellines volcados y servilletas arrugadas que empezaban a ser poseídas por un polvo flotante que era denunciado por la inundación de luz que entrando a través de las contraventanas abiertas ocupaba ahora, a la manera vermeeriana, el vacío dejado por el personal, que no quería arriesgar los últimos duros hasta no ver la pinta de los combatientes.

El carnero de Liaze era soberbio. Alto de alzada, tirando a rebeco, largo de cuerpo y de muslo poderoso. La cornamenta era

de radio excepcionalmente grande, de grosor medio. Estaba confiadamente plantado, mirando en derredor con tranquilidad, sin apenas fijarse en su oponente; exhibiéndose.

Al otro lado de la plaza-palestra, el contraste que ofrecía el txapeldun era evidente. Compacto, fusiforme, de cuello corto y cuerna robusta, reconcentrado, fija la vista en un punto del suelo dos metros delante de él, con las puntas de las lanas acaneladas como dedos de fumador veterano, no atraía la atención excepto de los aficionados con solera que recordaban sus gestas añejas. En cuclillas junto a él Juan Ignacio le rodeaba el cuello con un brazo, en silencio, sosegados ambos, adormecida ya la excitación de las horas anteriores, esperando con paciencia mineral, obstinadamente, sin mirar siquiera de manera solapada al espectáculo, primerizo para los ojos del ovino, de las piruetas de los olentzeros; piruetas que no conseguían borrar completamente cierto grado de adustez que manaba de su carácter aldeano; o de las algarabías de los D'Artacanes, Zorros o Spidermanes infantiles.

Un leve ensordecimiento, como el del apaciguamiento del rumor de la marea entre la séptima y octava ola, anunció lo inmediato de la señal de inicio.

Tras la palmada del juez, las dos bestias se precipitaron al primer encontronazo, el más brutal de todos. El atroz chasquido del golpe pareció que se apoderara de cada espectador y paralizara toda animación. Ni la expectación por el galope, ni la emoción del choque, ni la impresión del daño físico causaron el mismo efecto del ruido. Centésimas de segundo después del encuentro, las ondas sonoras tuvieron la virtud de concentrar en ellas todo el dramatismo, de dibujar un rictus de espanto en las bocas semisonrientes hasta entonces, de hacer vacilar levemente las rodillas y dejar en suspenso cualquier otra sensación. Igual que a veces la parte accidental de un hecho se hace más importante que el hecho en sí, como cuando en el cine hace saltar más lágrimas un gesto del niño moribundo que su propia muerte, todo lo que rodeó al sonido horrendo pareció convertirse en accesorio. Incluso pareció que ambos carneros quedaban sorprendidos, estupefactos tras el rebote del topetazo. Pero casi inmediatamente retrocedieron sobre

sus pasos para, con la mirada ya sanguinolenta, repetir la feroz conjunción.

Las apuestas se habían equilibrado a la vista de la gallardía del animal de la montaña. Y en esos primeros choques él era el que contendía con más entusiasmo, el que con más arrojo se elevaba al final de la carrera y golpeaba de arriba a abajo a su contrario. El txapeldun estaba más agazapado, como un yunque que sólo en el último momento alargaba unos centímetros el cuello, pero sin descomponer ni un milímetro su compacidad, de modo que el de Liaze parecía golpear concentrando todo el esfuerzo en la testuz y el local soportar el mazazo con toda su anatomía sin que ni lo más remoto de ella se sustrajera a la colaboración en el combate.

Una y otra vez, ferozmente se arrojaron uno sobre otro. Tras cada contacto, Juan Ignacio vigilaba la reacción del txapeldun, interpretando su expresión, la frescura de su tranco, la longitud de su carrera, la trepidación que se adivinaba en sus venas segundos antes del nuevo topetazo.

En las primeras embestidas, el txapeldun reculaba unos centímetros por efecto de la potencia de su enemigo; pero ese retroceso fue disminuyendo casi imperceptiblemente, lo que no se escapó a los ojos esperanzados de su cuidador que comprobaba como la resistencia de la acerada carrocería de su carnero iba desgastando inexorablemente el empuje y la lozanía del otro. A partir del décimo topetazo parecía que el animal de Liaze, aunque no había perdido velocidad ni distancia de recorrido y seguía elevándose grácilmente, no era capaz de impulsarse hacia abajo con la misma convicción; ahora se limitaba a dejar caer todo su cuerpo pesadamente confiando solo en su masa pero sin ayudar a la ley de la gravedad con la aceleración adicional del impulso de sus primeros ataques.

De todas formas, los golpes seguían siendo formidables y a Juan Ignacio se le vino a la memoria la imagen de algunos viejos boxeadores cuyos cerebros zarandeados habían ido transmitiendo señales al resto de su cuerpo que se representaban en la turbidez de sus iris, la abyección de sus muecas, el vacilante paso de baile en que se habían convertido sus pisadas que parecían ser escupidas en direc-

ciones caprichosas por el suelo apenas la punta del pie se apoyaba en él, o la autonomía de su mandíbula que se negaba a ejecutar el movimiento preciso para que se articulara la palabra escogida.

En el encuentro decimoquinto se produjo el accidente. El carnero de Liaze hizo un extraño escorzo con el cuello y su cornamenta evitó la del txapeldun golpeándole en el morro. Las patas del txapeldun vacilaron desconcertadas tanto por la desaparición del objetivo como por el inesperado impacto recibido. El corte produjo una inmediata hemorragia y los espectadores creyeron que la pelea se había decidido. Juan Ignacio no se alteró. Comprendió que en realidad el de Liaze había fallado el golpe; que los músculos de su cuello no habían obedecido la orden de seguir la trayectoria marcada, que ya no dominaba sus acciones. Por primera vez gritó a su carnero. Su aullido, la contraseña no ensayada pero reconocida por el animal hizo que éste pasara de ser yunque a ser martillo. Parecía no haberse percatado de su herida aún caliente. Juan Ignacio sabía que el dolor que le produciría no se iba a manifestar hasta dentro de unos minutos, y entendió que era el momento de atacar. En el siguiente golpe el que reculó fue el de Liaze. Su voluntad, expresada en la sorpresa y el terror de sus ojos, le abandonó. Tres golpes después –tres terroríficos topetazos después– se arrodilló. El txapeldun había vencido.

4. La revancha

No había podido resistir la tentación. Había llevado de vuelta al carnero al viejo caserío tras un trayecto en la furgoneta durante el cual había notado una satisfacción tornasolada de una especie de humilde congoja, como sintiéndose deudor de ese animal que mantenía rodeado con el brazo derecho y que miraba impertérrito por la ventanilla como si viniera del cotidiano y rutinario pastar, y le había restañado la sangre y extendido el ungüento en el morro violáceo, mientras el carnero se dejaba curar, restituido de nuevo a su condición doméstica como si hubiera agotado en la pelea todas sus reservas de bravura. Entonces, y aún sin haber probado bocado, había decidido volver a la fiesta con la evidente

aunque inconfesada intención no tanto de recibir parabienes como de oír comentar el combate.

Iba de grupo en grupo, de taberna en taberna, de sidra en sidra, sin necesidad de decir nada, consciente de que su presencia era un catalizador que precipitaba la conversación hacia la pelea, conversación en la que el casi nunca intervenía, sino que como mucho asentía imperceptiblemente o enrojecía –maldita herencia pueril– ante el halago. No permanecía mucho tiempo en cada grupo, quizá por pudor no desprendido de una pizca de soberbia, quizá por la jactancia de comprobar que allá donde fuera se hablaba de la gesta; así que las sidras se mezclaban con pacharanes –apenas se acercaba a unos conocidos, o incluso gentes con las que no había hablado nunca, le ponían un vaso en la mano que era como el pasaporte o la cédula imprescindible para habitar en el pequeño territorio de cada tertulia– zuritos, riojas, aguardientes e incluso calimochos.

Se encontró con ellos a la hora en que empezaban a clarear las tabernas y a llenarse los restaurantes con gente o bien estragada y con los pantalones sucios de las sidrerías y la voz procaz de las canciones de borrachos o con el atuendo blanquísimo y el pelo húmedo de la reciente ducha, inútil relevo de aparente brillantez que un tiempo después la juerga, y ya en esas horas el champán, se encargarían de ensombrecer, remitiéndolos a la condición fatigada, poluta y deslucida de los anteriores. Iban acompañados de tres muchachas y una de ellas volvió a producirle la misma impresión de las escasas veces que la había visto por el pueblo. Se le figuraba una presencia indebida en la villa, fuera de lugar, una incompatibilidad de estilo con las casas y las gentes, casi una incongruencia de localización y un anacronismo; como una palmera que mágicamente brotara una mañana en mitad del hayedo. Iba vestida de azul y amarillo y a Juan Ignacio le recordó a esas azafatas del vuelo Bilbao-Munich, único que había hecho en su vida, y que cuanto más solícitas se mostraban más se elevaban sobre los viajeros distanciándose en su inviolable corporeidad de maniquíes de muslos de cristal y piel de plata y rosa como heraldos de alguna deidad aérea.

Fulgencio les presentó.

–Belén, éste es Juan Ignacio, el dueño y preparador del txapeldun. El hombre que esta mañana nos ha birlado un millón de pesetas. Íbamos a tomar una copa. ¿Has cenado?

Un pánico repentino le agarrotó el estómago. Pánico a no dar con la respuesta correcta y sufrir la pérdida de aquella sonrisa que se expandía –¡ahora lo entendía!– como en una burbuja que le rodeaba aislándole de cualquier otra sensación. Una sonrisa que incluso le había hurtado la conciencia del apretón de manos, de aprehender para siempre el recuerdo de la forma de sus dedos, la calidad de su tacto, la tibieza quizá emocionantemente amistosa de su piel.

–Sí, pero...

–Estupendo –no le dejó terminar Fulgencio– entonces ven con nosotros a tomar una copa. Lo menos que puedes hacer es invitarnos a una botella de champán.

Estaban sentados alrededor de una pequeña mesa redonda. Juan Ignacio apenas hablaba. Tampoco Belén ni Martín. Prácticamente toda la charla era de Fulgencio y una de las muchachas. La otra reía. Juan Ignacio le oía, indiferente, lejano, dominado por un vapor de leve densidad que se iba apoderando de su voluntad dulcificando sus pensamientos. Sentía un cosquilleo en el vientre, ya casi olvidado, dormido desde su adolescencia.

Inopinadamente, –ya habían sustituido el champán por el whisky– se dio cuenta de que estaban hablando de los carneros.

–Nos tienes que contar –oyó a Fulgencio– qué sistema de entrenamiento sigues.

Agradeció el punto de interés que apareció en la mirada de Belén. Más tarde reflexionaría sobre la facilidad con que el deseo interpreta erróneamente de modo benévolo síntomas cuya naturaleza no permite, a no ser por ese estado de anhelo, ninguna deducción positiva, de la misma manera aunque en sentido opuesto con que el hipocondríaco no ve la suspensión de un dolor sino como la afasia precursora de una terrible enfermedad. Pero se limitó a sonreír apenas, sin contestar.

–Lo que pasa es que el txapeldun ha tenido mucha suerte –sentenció Martín.

Juan Ignacio se irritó, y se irritó más que si hubiera sido Fulgencio el que hubiera hablado, quizá porque sentía que con Martín compartía un espacio de semejanza en el que se alojaba el perfil del rostro, la adustez, la intimidad con el paisaje verde, la introspección, igual que algunas veces nos resulta más fácil enfadarnos con una persona querida, próxima, aunque luego lamentemos doblemente nuestra impaciencia.

–Martín quiere decir que el nuestro se lesionó. Al llevarlo al pueblo vio que se había mancado una pata.

–Por eso se humilló –insistió Martín– Si no ya hubiésemos visto.

–El txapeldun siempre le hubiera vencido, y a dos como él.

–Es muy fácil hablar de lo que no es posible comprobar.

–Y a dos como él –confirmó testarudo Juan Ignacio.

–Ya.

La avaricia de Martín con las palabras le había conferido la facultad de dotarlas de matices de significado –variando el volumen, el acento o el tono, alargando o cortando las vocales, apoyándose en gestos de los labios o de los ojos–, que cualquier otro no hubiera podido expresar sino a través de varias frases y casi de una conversación entera. En ese simple monosílabo todos captaron incredulidad, desdén, desafío; en fin, una ofensa que Juan Ignacio no podía ignorar.

–Hay una posibilidad de comprobarlo –terció Fulgencio–.

–¿Cómo?

–En Francia compramos dos carneros, pero como no pensábamos pelearlo, al otro no le hemos entrenado.

–Es igual –dijo Martín– aún sin entrenarlo el txapeldun no le aguanta veinte encontronazos. Y yo mantengo lo que digo.

–Dentro de quince días le aguanta treinta.

–Hecho –dijo Fulgencio–. Pero esta vez la apuesta será de verdad. De hombres.

A Juan Ignacio le dolía la boca de puro seca y sólo de un modo borroso reconoció su firma a medida que la iba trazando en la cuartilla que Fulgencio había pedido al camarero y sobre la que había escrito las condiciones de la revancha. Todo le era ajeno, contrario, enemigo; sólo le confortaba la mano de Belén apoyada como de soslayo en su antebrazo.

Al despuntar el alba, ya estaba Juan Ignacio en el viejo caserío, frente a un carnero tumbado al estilo vacuno, con la frente y el hocico macilentos, lívidos, de un amarillo sucio, rumiando inapetente la hierba que el hombre le había alcanzado con una horca desde el montón al que el animal ni siquiera se había acercado.

Si al menos tuviese una pata rota o un asta desportillada –pensó Juan Ignacio– algún signo evidente que permitiera suspender o atrasar la pelea, aunque hubiera que buscar a un veterinario que prescribiera su incapacidad, como el médico hacía con el pelotari de manos dañadas. Incluso aunque se perdiera la apuesta y se pagaran los cinco millones. Con esa cifra, que Juan Ignacio recordaba casi en relieve encima de su firma, había identificado Fulgencio su concepto de hombría, la contraseña, la razón para que el desafío fuera esta vez entre hombres, un viejo alarde que Juan Ignacio no había sido capaz de despreciar.

No le hubiera importado agotar sus ahorros, hipotecar su piso, acordar con Jacinto una retención de su sueldo hasta amortizar la deuda que indefectiblemente se les venía encima. Pero no era esa la cuestión; ni siquiera se la plantearía a su hermano. En su tácito código de comportamiento familiar no se contemplaba esa posibilidad y Jacinto ni la entendería, es más, se extrañaría si le propusiera algo así. Los cinco millones eran lo de menos y ambos sabían que corrían a cargo de Jacinto; a Jacinto le dolería más el sacrificio del txapeldun y más aún, la baladronada sin cabeza de su hermano, la estupidez que iba a vestir la derrota de especial humillación. Antes de irse miró por última vez al apagado carnero. Le

dejaría una semana de descanso y entrenaría la última. Aunque no estaba seguro si merecía la pena.

El día del combate las apuestas estaban doscientas a mil contra el txapeldun. Juan Ignacio se había jugado unos pocos miles de pesetas a su favor, pero únicamente por homenaje al viejo luchador, pues sabía que sus posibilidades de victoria eran escasísimas. Cierto es que el carnero había entrenado la última semana con unos trotes suaves, no muy largos, y que no había protestado ningún día; pero su cuidador ni siquiera le había podido poner la mano en la testuz, aún dolorida y que el animal hurtaba a cualquier contacto. Esa misma mañana había tenido Juan Ignacio la evidencia de la falta de preparación del bicho; al ir a recogerle al aprisco para llevarlo a Liaze le encontró tumbado, soñoliento, sin ninguna señal de que hubiese venteado la inminente pelea. No le fue necesario usar los arreos de castigo, le siguió dócilmente, con el mismo aire ausente, indolente que se había apoderado de él después del último combate. Nunca le había ocurrido eso; nunca le había visto tan indiferente, como si se hubiera rendido antes de empezar; y desde ese momento Juan Ignacio no tuvo ya miedo por la suerte de la lid, sino por el comportamiento que tuviera el carnero. Temió que rehusara la contienda, que manseara sin pelear, que aceptara una derrota que sería para ambos más humillante y dolorosa que una letra escarlata.

Ahora, en la plaza repleta de gente, mientras le repasaba las pezuñas y le palmeaba la paletilla, observó el rostro indisimuladamente serio de Jacinto, en contraposición al bullidor proceder de Fulgencio que saltaba de corro en corro, estrechando manos entre grandes risotadas.

Si el anterior carnero de Liaze era magnífico, éste era casi monstruoso; aún más pesado y sobre todo con una cuerna descomunal. A Juan Ignacio no le cabía duda que estaba bien entrenado y en su forma de mirar, –concentrada, grave– comprendió que pertenecía a la raza de los luchadores, que no era un héroe de salón como el que quince días antes se había arrodillado.

Jose Mari Gorostiza dio la señal. El txapeldun saltó como un resorte e inició una rapidísima carrera. Su contrario apenas se

había puesto en movimiento cuando se encontraron. Aún así el txapeldun hubo de recular unos palmos, e inmediatamente, sin dar tiempo al oponente a coger carrerilla chocó contra él. Los espectadores expertos comprendieron enseguida con admiración la táctica del txapeldun. Como no podría soportar un topetazo pleno del formidable rival, quería impedir que éste tomara impulso y pretendía repetir los encontronazos lo más rápidamente posible buscando en la mayor frecuencia, menor intensidad.

Juan Ignacio, Fulgencio, Jose Mari, Martín estaban boquiabiertos. Ya iban 10 encontronazos y el ovino de Liaze aún no había podido hacer otra cosa que defenderse, el txapeldun no le había dado un respiro y como un boxeador consciente de su inferioridad que únicamente pretende aguantar de pie hasta el final de los asaltos y no sale del clinch para no dar distancia al rival, acometía una y otra vez –paso atrás, topetazo–, –paso atrás, topetazo–, sin perder un segundo, obligando a Jose Mari Gorostiza a estar muy atento a la cuenta del número de embestidas.

Juan Ignacio vio asomar la esperanza. Si el txapeldun podía mantener el ritmo y seguía sin dar tiempo al de Liaze para preparar cada embestida, anulando así su potencia, quizá llegara al límite de 30 topetazos.

Aún así comprendió Juan Ignacio el sufrimiento que cada golpe debía producir a un carnero que horas antes ni siquiera resistía una palmetada humana. Pero se había convertido en una especie de artefacto mecánico que una y otra vez no daba otra opción a su rival que presentar la cornamenta como escudo defensor. Apenas se habían separado, y antes de que el francés pudiera erguir su poderosa cabeza o iniciar un galope que sin duda habría arrollado la menor masa del txapeldun, ya tenía a éste encima otra vez. Y ya iban 20 encontronazos.

Pero el titánico esfuerzo empezaba a dominar al txapeldun. En el encuentro vigesimoprimero se paró a recuperar un aliento que le permitiera sosegar algo el enloquecido palpitar de su corazón. El de Liaze pudo retroceder unos metros y tomar la iniciativa en la embestida. El golpe hizo retroceder al carnero del valle. Sus patas

parecían no obedecerle con la misma precisión. En cambio su adversario que apenas se había desgastado guardaba intacto su poderío. Juan Ignacio se resignó. pensó que apenas podría resistir tres embestidas más, pero al menos su derrota era otra gesta. Con ella se habría instalado para siempre en el recuerdo y el corazón de los caseros de piel de tortuga. Ahora ya aunque perdiera siempre sería «El txapeldun».

En el siguiente encuentro el carnero de Liaze no golpeó francamente sino que desvió su testuz con una trayectoria oblicua que soslayó la cuerna del rival, e igual que había sucedido en el anterior combate, su asta le rasgó la frente y el hocico, reabriendo de nuevo, esta vez ya fue una carnicería, la herida apenas cerrada.

Al txapeldun se le doblaron las patas traseras. Durante unos instantes su mirada se veló y todos sus músculos temblaron como en un estertor postrero. Mugió pavorosamente. Juan Ignacio deseó que abandonase antes de soportar otro golpe que sin duda sería fatal. Y de pronto retrocedió rápidamente hasta el extremo del campo. Se detuvo a unos cincuenta metros de su rival y convertido en la imagen de la ira bíblica, se encampanó, apretó las pezuñas contra el suelo y se lanzó enloquecidamente hacia su adversario. El silencio dejaba escuchar el golpeteo de sus patas en los adoquines y los resoplidos de sus heridos ollares.

Juan Ignacio se cubrió la cara con las manos. El txapeldun no saldría vivo del choque. La casta del guerrero le exigía morir en el campo de batalla. Y él no quería verlo.

Segundos más tarde, un griterío unánime nacido simultáneamente de todas las gargantas, de alborozo en unas, de desilusión en otras, pero de sorpresa y admiración en todas, obligó a Juan Ignacio a destaparse los ojos.

Su carnero corría, fuera ya de la plaza, monte arriba, en pos de su rival, cuyo ánimo no había podido soportar la visión de la ira galopante del obús furioso y lanudo y huía aterrorizado a través de los prados, cerca ya del pinar, perseguido por el txapeldun.

tuko niola bere «LOTI» maitea. Katuaren gorpua hartu eta hilkutxara sartu nuen. Ziur nengoen ez zenutela barnera begiratuko beraz ez zegoen arazorik tranpa hau asmatzeko. Gainera Joseba denbora honetan guztian jakinaren gainean egon da.

Denek begirada zorrota egin diote Joseba maltzurtxoari. Bideozintan Mateok bere solasarekin segitu du:

Entzun itzazue argi eta garbi ene azalpenok. Lehendabizi eta behin komeria hau bukatu bezain laister har ezazue «LOTI» eta lurpera ezazue, ez nuke Felixa uste okerraren jabe egonen zenik nahi. Bigarrenik hilkutxaren azpiko aldean txartel batzuk daude. Bi poltsatan. Lehendabizikoan, berdean, haundian, Iruñetik Bartzelonaraino joateko hegazkin txartelak daude. Hegalaldia arratsaldeko hiruretan abiatuko da Bartzelonari buruz. Beraz arin ibili ez baduzue galdu nahi. Hirugarrenik, bertze poltsan, txikian, gorri hartan Bartzelonatik Firenzerainoko txartelak daude. Hegalaldia arratsaldeko zazpietan abiatuko da. Beraz Bartzelonara iritsi eta baduzue hiru ordu eskas bertze hegalaldia hartzeko. Laugarrenik eta azkenik, ni bizirik nago eta Firenzen nago atzoz geroztik. Zuen hegalaldia Firenzera gaueko hamaiketan iritsiko da. Utz itzazue gauzak DAVID izeneko ostatuan (erreserbak Txabiren izenean eginik daude, ez kezkatu) eta joan zaitezte Firenzeko Duomoren aurre-aurrean dagoen kafetegira. Ni han aurkituko nauzue. Zuen zain. Beharrezkoa bada loteriaren dirua gastatzea ene lagunekin den-dena gastatuko dut. Etorri Firenzera ongi pasatzera. Zuen zain naukazue.

Grabazioa bukatu da. Ustekabe ederra izan dute denek. Mateo bizirik dago. Jonek hilkutxa ireki du eta barnetik ateratzen den kiratsak ez du ezertako gogorik uzten. Katua hartu du poltsa batean sartu eta hilkutxa hertsi egin du. Lurperatu behar dute etxeko lorategian. Bizkitartean elkarrekin solasean hasi dira.

–Hura ustekabea. Hona bilarazi, negarrarazi, bere txostenak entzunarazi, gero errateko bizirik dagoela eta Firenzen dela gure zain loteria tokatu zaiolako.

–Ni beti bromak egiteko prest nago baina hau da inoiz ikusi dudan onena. Ez dut dudarik. Mateo ikaragarria da.

–Ni pozik nago bizirik dagoelako. Orain ikusiko du horrek zer den maitale on bat izatea. Ene laztana, hiregana goazak.

Lau lagunek katua etxeko lorategian lurperatu ondoren aeroportura abiatu dira beren poltsekin Bartzelonara joateko aurrena eta gero Firenzeraino, sekula ezagutu duten adar jolerik haundiarenarekin biltzera. Ikaragarria da zeinen aise pasa daitekeen negarretik alaitasunera. Gero egun onak iraganen dituzte Firenzen baina hori bertze istorio bat da.